



# Bajo sospecha

---

Relatos policiales

---



*“Primero leí mucho, todo lo que pude sobre las invasiones inglesas hasta el momento en que me puse a escribir Deuda de sangre, que es la primera novela de la serie de Redhead. Y después seguí investigando mientras escribía. [...] condiciones de vida, alimentación, situación de la mujer, iluminación, policía, etc. Visité casas coloniales y tomé nota mental de los olores, los colores, las características del mobiliario, el suelo, las paredes...”*

Mercedes Giuffré

## **Mercedes Giuffré**

Buenos Aires, 1972

---

Licenciada en Letras, docente universitaria y escritora. Publicó artículos y ensayos sobre arte y literatura en medios de Uruguay, México y Reino Unido. Sus novelas policiales se destacan por una particularidad: transcurren en las primeras décadas del siglo XIX y son protagonizadas por el médico Samuel Redhead. Publicó, entre otras obras, la antología de cuentos *Lo único irremediable* (2003) y la trilogía policial *Deuda de sangre* (2008), *El carro de la muerte* (2011) y *El peso de la verdad* (2012).

# La piel de la serpiente

---

—**E**STABA MUERTA CUANDO LA ARROJARON —afirmó Redhead—. Por eso no encontré agua en sus pulmones. Aunque sufrió primero toda clase de suplicios, desde quemaduras —señaló en la piel las marcas dejadas por las brasas de un cigarro— hasta cortes, golpes e intentos de asfixia.

El cadáver, hinchado y desnudo, yacía sobre la mesa de disección. Lo habían encontrado unos pescadores, arrastrado por la corriente del Plata. Sus labios entreabiertos dejaban ver algunos dientes amarillos que le otorgaban un aspecto caballuno (los que le quedaban, porque la suya no era una boca en regla).

**Caballuno**  
*Que tiene características parecidas a un caballo.*

—¿Tomas debida nota de cuanto digo Malik? —Quiso saber el pelirrojo.

El negro asintió, mientras hacía correr la pluma sobre las páginas de una libreta y el alcalde, que observaba todo, emitía un suspiro de profunda irritación. ¿A qué venía la peregrina idea del médico de tomar por asistente a un hombre que, hasta no hacía mucho, había sido esclavo?

¿Quién se creía para trastocar las normas tácitas de la organización colonial enseñándole a leer y escribir?

—————  
**Tácitas**  
*Que no se dice pero  
 que se supone.*

—¿Son esas sus conclusiones? —inquirió, sin ocultar su malhumor.

—————  
**Cáustica**  
*Aguda,  
 malintencionada.*

El médico fijó en él una mirada cáustica:  
 —Apenas son los hechos —dijo y siguió dictando—. Murió de un paro cardíaco.

Tenía probablemente unos cuarenta años y había ejercido la prostitución por mucho tiempo.

—¿Puede saber eso con solo abrir un cadáver y mirar dentro? —se horrorizó el alcalde.

—————  
**Madama**  
*Dueña o regente de  
 un prostíbulo.*

—Es factible que se tratara de una madama—agregó Redhead, ignorándole—. Sus cabellos están teñidos y aún quedan rastros de esmalte en las uñas, aunque no hay señales de que haya tenido actividad sexual el día del deceso. —Entonces sí volvió a dirigirse al funcionario—: ¿Sabe si ha desaparecido alguien con estas características?

Este levantó una de sus cejas.

—¿Supone que debo estar al tanto de semejante cosa?

Malik, que había dejado de escribir, cruzó con el médico una mirada cómplice.

—Pues alguien debe estarlo —dijo Redhead—. Es preciso identificar el cuerpo antes de darle sepultura.

—¡De ninguna manera permitiré que en el estado en que se encuentra demoremos el entierro! —El alcalde, asqueado, se cubrió con un pañuelo la nariz—. A fin de cuentas —dijo luego—, no era más que una mujerzuela.

A la mañana siguiente, Varela, uno de los comisarios del Cabildo, mandó informar a Redhead que,

efectivamente, faltaba una madama de su establecimiento desde hacía cinco días.

—Ya lo decía yo —masculló el pelirrojo. Y convocó a su asistente para ponerse manos a la obra—. Si las autoridades no investigan, lo haremos nosotros.

Malik asintió gustoso. Siguiendo la pista, se trasladaron en el cabriolé del médico al barro del Mondongo, donde la pobreza se repartía a manos dadivosas. Curiosamente, era también el lugar en el que funcionaban varios burdeles.

---

**Cabriolé**  
*Coche tirado por caballos.*

Señalado por los transeúntes como el sitio que buscaban, el médico detuvo el carruaje frente a una casona de ventanas celestes cuya arquitectura contrastaba con el resto de la vecindad.

—Encárgate de averiguar lo que puedas entre los vecinos —pidió al negro.

Y este se alejó, chapoteando con sus alpargatas en el barro. Las siluetas hambreadas de los niños le incomodaban aún más que la precariedad de las chabolas de adobe y paja en las que podía adivinar la fuente de agua pestilente o el suelo de tierra que pisaban los piecitos desnudos. Pobreza, pensó Malik, que siempre se ensañaba con los mismos.

A falta de aldaba, Redhead batió palmas ante el lupanar.

---

**Aldaba**  
*Llamador, pieza de metal que se encuentra al lado o sobre las puertas y con la que se golpea para llamar.*

—¿É usted Cabeza'e Fuego? —le inquirió un anciano desde el umbral de una caseta vecina.

Tal era el nombre con el que los africanos se referían al médico desde su llegada al virreinato. El viejo pitaba de un cigarro, sentado en una mecedora junto a la puerta de chapa. Llegaba del interior una risita infantil.

---

**Lupanar**  
*Prostíbulo.*

Tras conversar con él un rato, el pelirrojo obtuvo varios datos, como que la madama regenteaba a tres muchachas, una blanca desclasada, otra liberta y una que “entuvavía estaba esclava a su servicio”. Así como también que la clientela era nutrida.

—¿Hombres de la zona? —preguntó.

A lo que el otro contestó con una risotada.

—¡Bueno sería! Si aquí, cuando suenan los tambores, tuito el mundo rumbea p'al candombe. Además, naides tendría con qué pagar los servicios de las mozas, vea. La que viene es gente de fuste, usía me intirpreta.

—¿Alguien regular? ¿Sabe los nombres o dónde encontrarles?

El viejo respondió que varios “encumbraos” se allegaban seguidito, en especial por la Lucinda, que era la más bonita de las tres muchachas: una mulata como él, de carnes generosas.

—¿Y los hombres?

—Uno es escuchador en la Rial Audiencia.

—Oidor —lo corrigió el médico.

—Eso mismo. Aunque del nombre no me acuerdo... —otra vez llegó hasta Redhead el eco de una risita—. Algo que ver con el cogote, creo —siguió el anciano, llevándose la mano libre al cuello e imitando el porte envarado de los señoritos porteños.

Había escuchado a la madama mencionarlo una vez, dijo, mientras se despedían en la entrada del burdel. Aunque el hombre se cuidaba bien de no dejarse ver. En cuanto a los demás, agregó, eran comerciantes en su mayoría, y un ex policía del Cabildo que por sus señas resultó ser nada menos que Celestino Rojas,

antiguo enemigo del médico y corrupto por donde ver-se pudiera.

Agradeció Redhead la información y regresó sobre sus pasos a la puerta del burdel, donde batió palmas nuevamente. Esta vez, salió a recibirle un negro de ojos grandes y asustadizos, por cuya expresión supo que había estado oyéndoles.

—Silverio —le gritó el viejo desde el umbral contiguo—, dejá pasar a Cabeza'e Fuego y traete a las gurisas pa' que las pregunte. —Y agregó, en tono intimista—: que es por saber quién difunteó a la patrona...

Así, mientras Redhead ingresaba en la propiedad, siguiendo los pasos de su desgarrado Caronte, Malik, que venía de hablar con uno y otro de los vecinos del Mondongo, se topó en una esquina con Raimundo Aquilino, antiguo esclavo, como él, con quien había compartido antaño la dura vida en las curtiembres.

—Es cosa fiera, cumpai —le comentó este último, tras preguntarle por lo que se decía respecto de la mujer muerta—. Yo no vi que se llevaran a naidas, pero sé que la vieja bruja tenía una parva de enemigos.

—¿Quiénes?

Aquilino se enfrascó en una minuciosa lista de los fulanos y menganos que entraban y salían de la barriada maldiciendo por lo bajo (y a veces por lo alto) a la madama.

—Doña Prudencia no jugaba limpio, cumpai, ni li hacía honor al nombre con que la cristianaron. Sabía secretos de los clientes y los usaba pa' sacarles plata. Hay un hombre —agregó después—, un vendedor de la Recova al que llaman el Tuerto, que antes la visitaba muy a menudo.

---

#### Caronte

*Personaje de la mitología griega que conducía a los muertos por el río Aqueronte hasta el reino de Hades.*

Al doctor sí que iba a interesarle todo aquello, pensó Malik. Por su parte, el médico se disponía a interrogar a las muchachas en la habitación que la madama utilizaba de oficina. Allí mismo, donde supo que llevaba las cuentas del negocio.

Llamó su atención una marca en la alfombra que indicaba que el escritorio que había sobre ella había sido movido recientemente. La estancia, por demás, no se condecía con la realidad de una “casa de tolerancia”,

---

**Leguleyo**  
*Persona que trabaja en un estudio de abogados.*

que era como se llamaba hipócritamente a los lugares como aquel, sino que parecía la recámara de un leguleyo de bufete: las paredes enteladas, los cortinados de terciopelo bermellón que el médico se ocupó en descorrer para descubrir una sucesión de gruesos barrotes que impedían toda fuga, las sillas francesas de reborde dorado y los bruñidos candelabros que desentonaban allí tanto como el retrato del monarca en la sala capitular del Cabildo.

Pura impostura, pensó, mientras las mujeres aguardaban como lo harían ante los clientes. Recordó las palabras del vecino respecto de cada una de ellas: la blanca, la mulata y la que todavía era esclava. La primera, ni gruesa ni delgada, dijo llamarse Marina. A Redhead le llamó la atención una cadena que llevaba al cuello, de la que pendía una piedra verde que acababa en la hendidura entre sus senos. Las manos, observó, eran tan ásperas como las de una lavandera.

La mulata Lucinda se plantó frente a él con la mirada desafiante. Era más joven que aquella y su cuerpo, pulposo y exuberante. La esclava, por último, apenas levantó la



cabeza cuando él le habló. Delgada al extremo y de baja estatura, poseía algunas marcas en los brazos que Redhead identificó como las huellas del maltrato al que era sometida. A su pregunta respondió que la llamaban Dionisia. Silverio los observaba desde el vano de la puerta, cosa que al médico no le pasó por alto.

Las primeras respondieron cada pregunta al unísono, como quien se ha puesto de acuerdo en la versión de los hechos que se debe contar. La esclava, en cambio, hablaba solo cuando el pelirrojo se lo indicaba, usando la menor cantidad de palabras. La madama, coincidieron las tres, había recibido una visita inesperada durante la tarde del pasado lunes, día de descanso: un hombre al que no habían visto nunca y que se encerró con ella en esa misma habitación, donde discutieron airadamente.

Su descripción resultó vaga, sin embargo: alto, delgado, moreno, refinado, de unos cincuenta años. Esto es, el promedio de los hombres de abolengo de la ciudad. Difícil sería identificar a alguien partiendo de aquellos datos.

---

**Airadamente**  
*Con enojo, con irritación.*

---

**De abolengo**  
*Que proviene de familia ilustre.*

—¿Y qué dijeron? —quiso saber Redhead.

—Hablaban de dinero —respondió Lucinda—. Más tarde, él se fue y la patrona se encerró en su dormitorio, dando un portazo.

—Sin embargo, nadie la escuchó cuando dejó la casa —aseguró Marina.

Dionisia permanecía callada. Al médico le resultó un tanto sospechoso el relato y olió que había allí gato encerrado, algo que omitían mencionar. Una vez a solas, revisó el escritorio y reparó en los rasguños que algún

tipo de cortante había hecho en la madera del primer cajón, venciendo la resistencia de la cerradura. Y comprobó, al abrirlo, que todavía quedaban restos de serrín en su interior.

Quien fuera que había forzado el mueble, también había revuelto los papeles que este contenía, dejando, no obstante, los títulos de propiedad de la esclava y de la casa, varios pagarés con firmas de hombres importantes, cartas comprometedoras y demás documentos que valían su peso en oro. No tenía sentido. ¿Qué clase de delincuente los hubiera pasado por alto? Había incluso un pagaré emitido por Celestino Rojas, el ex comisario, que lo excluía de entre los sospechosos de haber forzado el mueble, al menos.

¿Era posible la historia del visitante desconocido y la salida a hurtadillas de la madama que había ido al encuentro de su propia muerte? ¿Existía alguna relación entre estos hechos y el cajón abierto? Lo extrajo por completo y arrojó su contenido sobre la alfombra, dejándose guiar por el instinto. Metió la mano en la abertura que quedaba, palpando la madera de los bordes hasta encontrar un sobre pegado en el fondo.

Cuando su asistente se dejó ver en el vano, seguido de

\_\_\_\_\_ Faltriquera  
Pequeña bolsita que  
se ata a la cintura  
para guardar cosas.

Silverio, el médico ya se había guardado el hallazgo en la faltriquera y encaminaba sus primeras conclusiones.

—¿Qué tal te ha ido? —quiso saber, acucillándose para estudiar los demás papeles—. Vaya, vaya —exclamó tomando uno en sus manos, sin darle tiempo a responder.

Lo que leyó le hizo fruncir el ceño.

—¿Dotor? —Malik solía llamarlo de ese modo, omitiendo la ce. Apenas el médico elevó sus ojos grises y los fijó en los suyos, le transmitió cuanto había obtenido de Raimundo Aquilino.

—Parece interesante...—admitió Redhead.

Y no volvió a abrir la boca en todo el camino de regreso. Ni siquiera lo hizo cuando se apearon frente a la casa Olazábal, donde vivían, y descendió apresuradamente para encerrarse en su consulta. Al cabo de una hora, más o menos, volvió a salir como tromba, con su mejor galera en mano. Tras una escala en Los Tres Reyes, donde encontró al chiquillo que solía servirle de recadero y le encomendó un par de mandados, se presentó en la Audiencia, invocó su condición de miembro del Protomedicato y quiso ver la nómina de los oidores.

Una vez que la obtuvo, buscó en ella algún nombre compatible con la descripción hecha por el vecino del burdel. Uno coincidió, además, con el que figuraba en el papel que aún llevaba doblado en la faltriquera. Pidió hablar con el funcionario argumentando que se evitaría con ello un gran escándalo. Y hubiese tardado lo mismo en conseguir su cometido con una varita de brujo, porque la puerta del despacho del susodicho se abrió como por arte de magia.

—¿A qué escándalo se refiere? —quiso saber Casas Cuéllar, el oidor—. ¿Qué tiene que ver el protomédico en todo este asunto?

—Nada en absoluto —admitió Redhead.

Mencionó enseguida el cadáver y los papeles que había encontrado y que lo incriminaban en varios casos de cohecho.

---

**Protomédico**

*Médico que habitaba a otras personas a cumplir con el ejercicio de la medicina.*

---

**Cohecho**

*Soborno recibido por un funcionario público.*

—Le aseguro —dijo el funcionario, enrojeciendo de ira— que jamás he puesto un pie en aquel mísero burdel ni conocía a la fulana muerta. ¡Claramente alguien intenta perjudicarme!

—Pero la información es cierta —lo interrumpió el médico—. Por otro lado, hay un testigo que asegura haberle visto a usted allí con frecuencia.

—¡Imposible! —El hombre golpeó el escritorio con el puño—. ¿Pero qué clase de broma es esta?

—Cálmese —ordenó Redhead y le habló de sus sospechas.

Al cabo de un buen rato de conversación se despidieron, no sin antes acordar un nuevo encuentro que el oidor aceptó a regañadientes.

—A ese impertinente le falta un tornillo —comentó este a su recién entrado secretario.

—Dicen que nada se le escapa, señor —añadió el joven, pensativo.

El médico siguió camino a la Recova, bajo una llovizna inesperada que le empapó la galera y lo hizo maldecir para sus adentros. El gasto de sombreros en Buenos Aires se hacía insostenible por culpa del clima.

En la Plaza de la Victoria, los puesteros levantaban apresuradamente sus mercancías. Redhead encontró la tienda del Tuerto, mencionada por Malik, en los altos de la Recova. Una casa de empeño de la que tenía muy malas referencias. Esta ciudad es una ciénaga, pensó, disfrazada de inocente aldea. Y se introdujo haciendo resonar la campanilla de la puerta.

El Tuerto, como era de esperarse, llevaba puesto un parche. Lo atendió en persona y admitió que visitaba con

frecuencia el local del Mondongo, si bien hacía tiempo que no lo hacía e ignoraba que la madama hubiera desaparecido. Acababa de llegar esa misma mañana, adujo, procedente de Montevideo, y le mostró al médico el pasaje sellado en el puerto.

—El asesinato se produjo presumiblemente el lunes por la noche, de acuerdo con el estado en que yo mismo analicé el cadáver y que, por testimonios, sabemos que desapareció la madama —dijo Redhead—. ¿Cuándo dejó usted Buenos Aires...?

Después de conversar con él un rato, siguió camino al Cabildo donde encontró al comisario Varela, con quien habían trabajado ya en la resolución de algunos otros crímenes.

—Así que Rojas era cliente de la casa —comentó el policía—. ¿Por qué no me sorprende? —Y añadió—: Cuente con mi aval en lo que intenta. No veo la hora de retirarme, doctor. Este lugar me abruma.

El pelirrojo escudriñó el cielo al otro lado del cristal y se alegró de que la lluvia remitiéra. Volvió a la casa Olazábal por Malik y el cabriolé, y se dirigieron a la costa, en busca de uno de los pescadores que habían encontrado el cuerpo de la mujer asesinada.

—¿Has recibido mi mensaje? —le preguntó Redhead cuando este se acercó estrujando la gorra entre sus manos.

—Sí, don Samuel. He estado pensando y creo que está usted en lo cierto. Quiero decir, en sus conclusiones.

A Malik le hubiese encantado saber a qué se referían. Pero el médico solía actuar de ese modo, sin dar explicaciones ni confiarle todo cuanto iba descubriendo.

---

**Escudriñar**

*Mirar y observar algo con detenimiento.*

—Pues vale, debemos llegar al Mondongo antes de que sea tarde —dijo el pelirrojo—. Ven tú también —pidió al pescador—, que nos harás falta.

Pero el caballo perdió una de sus herraduras y hubieron de seguir a pie, lo que los demoró. Al concluir el trayecto avanzaba ya el atardecer.

—¡Abrid o derribaremos la puerta! —gritó el médico golpeando la de la caseta del vecino del burdel.

—Parece que no hay nadie —observó el pescador.

El llanto de una criatura les alertó de una presencia dentro.

—Apártense —pidió Malik, y dio con su peso en la charpa haciéndola ceder.

Estaba oscuro pero encontró al niño, sin dificultad, echado en un rincón.

—¿Y el hombre que estaba aquí esta mañana? —preguntó, indignado, tomándolo en brazos—. ¿Por qué le ha dejado solo?

—Está metido en el asunto —concluyó Redhead.

Encontraron los postigos del burdel cerrados. Y esta vez, la puerta no cedió a los empujones pues era de madera y hierro. Tardaron en percibir un ligero sonido, que pareció el de un mueble que era derribado. Tal vez una silla.

—Malik, pon a resguardo al niño y trata de subir a la terraza, desde allí podrás ingresar al patio y de este a las habitaciones —ordenó Redhead. Y agregó luego al pescador—: Indícame cómo llegar al sitio del que salen las balsas clandestinas y quédate para ayudarlo, ¿vale?

—¡No, doctor! Es peligroso y usted no lleva armas —intervino el asistente.

—Varela está en camino, Malik. Los padres de la criatura deben estar aquí adentro, acaso en peligro. Libéralos e id luego los dos a echarme una mano. ¡Que no hay tiempo que perder!

El médico se echó sobre la arena, deseando que los de la orilla no se percataran de su presencia. Las mujeres discutían y los dos hombres, el blanco y el viejo mulato, escudriñaban el horizonte donde el sol poniente iluminaba una balsa detenida. Llevaban consigo un baúl y varios bártulos a guisa de equipaje.

\_\_\_\_\_ **Guisa**

*Modo, manera.*

—¡Apúrese, idiota! —protestaba el Tuerto, libre ahora del parche y otras imposturas, haciendo señas con los brazos al que la conducía—. ¿Qué demonios espera? —Y a los demás—: Les digo que el médico ese sabe demasiado.

Redhead consultó su reloj de chaleco. El comisario estaba retrasado. Si la balsa se acercaba, debería actuar aunque estuviera solo y demorar así el escape, pensó. Así sucedieron finalmente las cosas.

—Me alegra verle gozar de tan buena salud, madame Prudencia —dijo, emergiendo de su escondite cuando no tuvo más remedio.

La madama giró instintivamente, llevándose las manos a la boca para ahogar un gemido.

—¿Cómo pudo saber que estaba viva? —quiso saber después.

Redhead sonrió con una mueca de satisfacción. El Tuerto y el mulato se acercaron con intención de apresarlos. El primero, blandiendo una sevillana en una de sus manos.

—He citado a un comisario que querrá escuchar cuanto digamos —les anunció—. El niño y sus padres están a

salvo y tendréis muchas cosas que explicar, en especial si algo me sucede.

—¡Doctor! —Malik y el pescador llegaban en ese preciso momento, seguidos de Raimundo Aquilino y Silverio, ambos aprovisionados con palos y cuchillos, pues temían que fuera necesaria una defensa.

—Primero lo primero —agregó el pelirrojo, indicándoles que se mantuvieran a distancia tanto a unos como a los otros.

—¡Hacé algo Tuerto! —pidió la madama—. Matalos a todos.

Las otras dos mujeres observaban la escena con temor, sin saber el modo en que les convenía reaccionar.

—¿Por qué no me entregas lo que tomaste del escritorio el lunes por la noche? —pidió el médico a Silverio—. De haber sabido leer, hubieras comprendido que no era ese el documento que buscabas, aunque el papel tuviese el mismo escudo y membrete.

—¡Dámelo a mí! —ordenó la mujer—. Negro ladrón, te voy hacer azotar. Ya sospechaba de vos.

—Deberíamos haber traído al niño con nosotros —le reprochó a su vez a ella el mercader.

Silverio entregó a Redhead un sobre que extrajo de su pantalón. Sin mirarlo siquiera, el médico se lo guardó, asegurándole que el título de propiedad de la criatura y el de su madre estaban en lugar seguro y que él se encargaría de que los dos quedasen libres.

—Es un bonito colgante ese que llevas puesto —señaló luego a la muchacha blanca que se hacía llamar Marina—. ¿De dónde lo has sacado?

Ella se llevó la mano a la piedra verde que pendía en la hendidura entre sus senos, bajo el escote de una camisa de volantas.



—Me lo dio el Tuerto —reconoció.

—Lo sé —Redhead se acercó a ella—. Como pago por su plantar a la mujer que había matado, ¿verdad? Cuyo cuerpo diseccioné ayer y él pretendía hacer pasar por quien no era. La que estaba a punto de retirarse de una vida de penurias y, por avaricia, cometió el error de querer haceros probar —ahora se dirigía al hombre y la madama— vuestra propia medicina, amenazándoos con contar lo que sabía o imaginaba saber, para su desgracia. Porque creísteis que era ella quien había robado el documento.

—¡Usted no tiene pruebas de nada! —estalló el mercader.

—Tengo testigos —Redhead señaló al pescador—, como este hombre que le vio a usted en esta misma costa el lunes por la noche. Por otro lado, no hay registros de su partida en el puerto, aunque sí de su regreso. ¿Se fue en una balsa, no es cierto? La misma desde la que arrojó el cadáver, ignorando que la corriente lo traería de regreso.

—No puede probarlo...

—También hay clientes que reconocerán a la verdadera Madame Prudencia. —El médico volvió a sonreír, satisfecho con la expresión de pánico que advertía en sus rostros—. Ellos darán fe de que esta mujer no es Marina, quien les atendía con gastado oficio...

—Diablo entrometido —masculló el mulato.

—El dinero de vuestros chantajes ha costado los pasajes al Viejo Mundo, lo sé, donde pensabais continuar con el negocio lejos de los peligros que aquí se potenciaron el día que el alcalde entró en funciones y amenazó con hundiros.

—¡También él tiene sus cuitas! —gritó la madama.

—Callate, imbécil —le espetó el Tuerto—. ¿No ves que quiere que hablemos?

—Tengo en mi poder el documento que le incrimina a él —agregó el médico, señalando en su chaleco el bulto del sobre que le había entregado Silverio.

Se oyeron entonces los cascos de varios caballos en la senda y la voz de Varela que llamaba a Redhead mientras desensillaban él y otros dos policías del Cabildo.

—¡Aquí estamos! —contestó el médico.

El comisario quiso saber qué sucedía. Escuchó cuanto el médico dijo sobre la esclava y Silverio, los padres de la criatura que había quedado en el burdel con su madre. Habían sido ellos obligados a callar bajo amenaza de no volver a ver al niño, preso en la caseta vecina donde se ocultaba la madama, la verdadera. Habló finalmente de la occisa y de cuanto se había dicho allí antes de que llegaran.

Al día siguiente, en la oficina de Casas Cuéllar, el secretario se mordía nerviosamente el labio inferior mientras Redhead acababa su relato de los hechos y entregaba al funcionario el documento robado.

—De modo que de aquí salió —repitió el oidor volteando para enfrentar al joven—. Y solo pudo tratarse de una obra tuya. Así me pagás el haberte contratado.

—La madama y su socio planeaban extorsionarle para obtener algunos beneficios de los que usted ha dado muestras en otras oportunidades —resumió el médico, fijando en el funcionario su mirada implacable—. Tal vez debería cuestionarse a sí mismo y no solo a su asistente —agregó, ganándose su antipatía para siempre.

Más tarde, en la oficina del alcalde, quien complacido con las noticias del arresto se creía a salvo ya de todo

---

*Vituperio*  
*Desaprobación.* vituperio, él y Varela lo informaron de los pormenores de la historia.

—Debería renunciar, señor —sentenció Redhead con su habitual falta de diplomacia.

—Mida sus palabras, doctor —replicó el hombre poniéndose de pie—. Basta con que recuerde su posición y la mía, me entregue el material y dejemos el asunto en el pasado. Ya sabré yo recompensarlos a los dos.

Varela observó al médico con expectación, aunque sin decir palabra. ¿Sería el pelirrojo capaz de desafiar al propio alcalde, o agacharía la cabeza como todos y le entregaría los papeles que lo involucraban en vaya a saber qué?

—Verá —pronunció Redhead al cabo de un largo silencio en que debió sopesar sus posibilidades—, la verdad es como la serpiente escondida bajo una piel falsa. Tarde o temprano, lo que está oculto sale a la luz. Y en su caso, puede estar seguro, me encargaré personalmente de que así sea.



Este cuento se publicó en *Doce relatos oscuros*.

---

**Si te gustó...**

*Seis problemas para don Isidro Parodi*, de H. Bustos Domecq (Borges-Bioy Casares); *La muerte baja en ascensor*, de María Angélica Bosco; *El hombre que murió dos veces*, de Enrique Sdrech; *Estudio en escarlata*, de Arthur Conan Doyle; *Hasta que la muerte nos separe*, de John Dickson Carr; *Últimos días de la víctima*, dirigida por Adolfo Aristarain; *Un oso rojo*, dirigida por Israel Adrián Caetano; *Inspector Morse*, creada por Colin Dexter; *Zen*, dirigida por John Alexander, Christopher Menaul y Jon Jones.



Coordinación editorial  
Daniela Allerbon

Edición  
Pilar Amoia, Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Asistencia editorial  
Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección  
Gabriela Laster

Diseño de la colección  
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación  
Jimena Celis

Gestión de derechos de autor  
Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización  
Biblioteca Nacional

Agradecimientos  
Facundo Piperno, Laura Ponce, Luis Mazzarello.

---